

EL velo de los altares se ha rasgado; las campanas voltean en las torres y celebran la Resurrección de Cristo entonando un himno de júbilo al vencedor de la muerte. En las puertas de abril, del mes favorito de la primavera, nos encontramos con la Pascua florida. De la tristeza, la quietud y el silencio hemos pasado como por encanto al regocijo, a la actividad y el ruido. Las campanas han dado la señal rompiendo el aire con su alegre armonía. En las ondas de luz, de sonidos y de perfumes que llegan en este momento hasta nosotros, debe haber algo de aquel encanto inexplicable e irresistible de que se siente poseído Fausto en una de las primeras escenas del poema de Goethe, al oír la misteriosa música de las campanas de la vetusta catedral gótica que saludan el alba el día de la Resurrección.

El tiempo, por su parte, no ha contribuido

poco a completar los seductores detalles del cuadro. Compadecido de nosotros y para darnos a entender que no porque se entretenga a despedir cariñosamente al invierno pierde un día de jornada en el camino que le conduce al verano, se ha plantado de un salto en la primavera. Y henos aquí gozando de todas las delicias que proporciona la corte con sus mañanas frescas y alegres que llaman con un rayo de sol a la ventana de los perezosos, convidádoles a ir al Retiro, donde ya florecen las primeras lilas, y con sus tardes serenas y templadas que reúnen en el Prado, en la Castellana y en Recoletos a lo más elegante y escogido de la sociedad madrileña.

Absortos en la presente felicidad sólo nos asalta de cuando en cuando un temor. ¿Durará esto mucho? El tiempo que para hacer resaltar mejor la bondad de sus días hermosos viene agobiándonos a fuerza de contrastes ¿renunciará por completo a esos efectos teatrales que cuando menos se espera hacen sufrir al termómetro un bajón de catorce o quince grados? Difícil nos parece, porque como dice el adagio el que malas mañanas ha, tarde o nunca las olvida. No obstante, la desconfianza que abrigamos respecto a este caprichoso árbitro de nuestra salud y nuestros

placeres, no nos impedirá darle un voto de gracias por el interregno que nos ha concedido.

Merced a su benevolencia, los fieles han podido acudir como de costumbre a visitar los templos sin grave detrimento del vestuario de gala, y las procesiones y cofradías han salido a las calles sin temor de que un chubasco las desordene o desluzca. Respecto a Madrid aunque el temporal hubiese impedido esta última parte de la solemnidad religiosa, seguramente que no sería muy de lamentar la pérdida del espectáculo. Es cosa olvidada de sabida que en cuanto al mérito de las imágenes y el lujo y la pompa de cofradías y procesiones, la coronada villa apenas puede sostener la comparación con la última de las capitales de provincia de España.

No sucede lo mismo en lo que concierne al decorado y ornamentación de las iglesias pues si bien no se hallan monumentos tan majestuosos e imponentes por sus colosales proporciones como los de las catedrales de Toledo y Sevilla o el no menos artístico y grandioso de San Lorenzo del Escorial, el buen gusto y la acertada disposición de los que se ven en los templos de la corte suplen a la falta de magnitud y de grandeza, que no per

mité a veces la pequeñez del recinto en que se levantan.

La más notable y clásico de la Semana Santa de Madrid es, pues, la tarde del Jueves Santo en que la población en masa, cumpliendo uno de los preceptos de la solemnidad, visita los monumentos de las diferentes iglesias. En ese día las damas elegantes truecan las caprichosas *toilettes*, propias del Real, y el distinguido sombrero francés de rigor en la Castellana, por la sencilla y severa falda de glasé negro y la graciosa y tradicional mantilla española y colocadas a la puerta de los templos consiguen de sus admiradores que, siquiera por un momento, hagan de la Caridad fórmula de galantería.

La devoción en primer término y la curiosidad en segundo atraen un inmenso número de personas a las iglesias cuyo camino señala un cordón de gentes que van y vienen sin cesar. Como en los años anteriores la capilla del Obispo donde se admiran en esta época los apreciables lienzos de Villoldo, ha sido una de las más frecuentadas, llamando igualmente la atención la del Hospital general y la parroquia de San Ginés por los elegantes y artísticos monumentos que en ellas se han colocado nuevamente.

Pero como todo pasa en este mundo, la Semana Santa con sus esplendores religiosos, sus austeras penitencias y su silencioso recogimiento ha pasado también, volviendo las cosas a seguir su curso regular y ordinario. Como es natural, al fijar de nuevo la vista en los asuntos objeto de nuestra preferente atención, encontramos un sinnúmero de novedades de toda especie. De estas novedades unas las constituyen sucesos realizados, otras se componen de proyectos y planes para un cercano porvenir. En política sobre todo hay materia para escribir no una revista, sino algunos volúmenes. Y eso que no entra en nuestro ánimo ocuparnos de lo que pasa de puertas adentro.

Por de pronto, según las últimas noticias que encontramos en correspondencias dignas de crédito y a juzgar por el carácter que presenta la tan debatida cuestión de los ducados alemanes, se hace inminente la guerra entre Prusia y Austria. Esto al menos dicen la mayor parte de los periódicos extranjeros, y del mismo modo opinan políticos experimentados y sagaces en esta clase de negocios. Sin embargo, a nosotros se nos antoja que esta vez como siempre las dos grandes potencias alemanas se limitarán a cambiar algunas diatri-

bas en las hojas oficiales, a hacer algunos equilibrios diplomáticos, quitar el polvo a las armas de los parques y como el valentón del famoso soneto de Cervantes mirarse de soslayo y marcharse sin hacer nada.

Algo más seria nos parece la agitación que se deja sentir en toda Italia a medida que se aproxima el plazo estipulado en el convenio de 15 de septiembre para el completo abandono de Roma por la guarnición francesa: agitación que se ha manifestado bien a las claras con pretexto de la anulación del acta de Mazzini.

Elegido el célebre triunviro por uno de los distritos electorales de Italia, para ocupar un escaño en el Parlamento, la Cámara ha anulado el acta cerrándole las puertas de la representación nacional. El partido de acción conociendo que de día en día pierde terreno en las esferas oficiales, acusa al Gabinete de haber cedido en este asunto a la influencia de las Tullerías, y en un *meeting* celebrado en Florencia los oradores han ido tan lejos por este camino que hubo momentos en que se temió seriamente por la conservación del orden. Al *meeting* de Florencia parece que seguirán otros muchos en diversas localidades de la península, y los exaltados asociando los

nombres de Garibaldi y Mazzini y tremolando la bandera con el lema de *Italia una y Roma la capital*, no dudamos que darán mucho que hacer al Gobierno de su país y a los Gabinetes extranjeros, que ya comienzan a preocuparse de esta formidable cuestión.

En Inglaterra, por el contrario, los vientos soplan de diferentes cuadrantes. Por espacio de algunos años los radicales hicieron de la reforma un ariete poderoso para batir en brecha a los Gobiernos conservadores: en la Cámara, en la Prensa, en las reuniones públicas, se presentaba este paso como una necesidad para todos los intereses: pero he aquí que el jefe de la parcialidad que más alto proclamaba la conveniencia de la ampliación de ciertos derechos, sube al Poder y cuando intenta poner en práctica su idea, se encuentra con una oposición compuesta de partidarios tan decididos y numerosos como los que un día logró reunir en torno a su estandarte. ¿Era ficticia la atmósfera que se hizo en todo el país por los radicales al iniciar estas medidas? ¿Han cambiado de tal modo las circunstancias que lo que antes fué necesidad apremiante ahora ahora podría calificarse de aventurado y atrevido? He aquí un problema que los periódicos ingleses se afanan inútilmente por

resolver; pero entre tanto es un hecho que la reforma encuentra cada día mayores obstáculos en su camino y que los que más claro ven en la cuestión no dudan de que el Ministerio se encuentra como vulgarmente se dice entre la espada y la pared, esto es, en la alternativa de retirar el *bill* de la Cámara o retirarse él mismo de la gestión de los negocios públicos.

Mientras el Gabinete británico se decide por una ú otra cosa retirémonos nosotros del terreno de la política para apuntar dos noticias pertenecientes al círculo de las artes y la literatura.

La Real Academia de San Fernando ha nombrado su socio correspondiente al ilustrado canónigo lectoral de la catedral de Córdoba señor don Vicente Cándido López. Cuantos se interesen algo por el esplendor de las artes españolas y vean con gusto difundirse en todas las clases sociales el inteligente respeto y la piadosa veneración hacia los monumentos que nos han dejado otros siglos como testimonio de su grandeza, no podrán menos de aplaudir elección tan acertada. En efecto, el señor don Vicente Cándido López, dando un ejemplo digno de imitarse, ha emprendido la restauración de la célebre mezquita cor-

dobesa, hoy convertida en templo cristiano, con un acierto y una inteligencia dignos de los mayores elogios. Merced a su ilustrada iniciativa y a su actividad incansable, los entusiastas de la arquitectura árabe podrán admirar en toda su pureza y esplendor una de sus más hermosas muestras en un templo que la ignorancia y la incuria habían afeado y deslucido hasta el punto de ser objeto constante de crítica y desdoro para nuestro país, del cual daba malísima idea a los extranjeros que de continuo lo visitan.

Así como la Academia de San Fernando se ha reunido para acordar esta acertada muestra de distinción a una persona que por tantos títulos la merece, la Sociedad de bibliófilos ha celebrado una importante sesión en la Biblioteca Nacional, bajo la presidencia del señor don Cayetano Rosell, en la cual se ha decidido dar a luz la colección completa de las obras del inmortal poeta de las flores y las ruinas, del clásico Roja. Esta colección, en la cual habrán de comprenderse todas sus producciones, así las publicadas como las que aún se conservan inéditas, ha de contribuir a hacer más popular el nombre del ilustre poeta sevillano, prestando al mismo tiempo un verdadero servicio a las letras castellanas y a los

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

muchos admiradores de tan celebrado autor.

Para terminar nuestra tarea diríamos algunas palabras acerca de los teatros si en la última semana las fiestas religiosas no hubieran reducido a cero las novedades de este género. Afortunadamente proyectos para el porvenir no faltan y en las revistas próximas podremos desquitarnos.

EN dos sucesos culminantes se ha fijado la atención pública durante la última semana. La dimisión de Ríos Rosas y el combate de algunos de nuestros buques del Pacífico con los de la escuadra aliada de Chile y el Perú.

El primero de estos acontecimientos, aunque lenta y trabajosamente, ha llegado al fin a su desenlace, y los comentadores de oficio han dicho sobre él su última palabra. Acerca de las noticias recibidas del teatro de la guerra, se han emitido muchos pareceres contradictorios hasta tanto que los partes oficiales del jefe de las fuerzas españolas han hecho luz en el asunto.

El encuentro, objeto de tan diversas opiniones, parece que tuvo lugar del siguiente modo: Las fragatas *Blanca* y *Villa de Madrid*, mandadas por los capitanes de navío señores Topete y Alyar González, se destacaron de la escuadra en busca de víveres. Con este ob-

jeto, tocaron en algunos puntos donde esperaban encontrarlos en abundancia. De vuelta de su expedición, y después de haberse aprovisionado, tuvieron aviso los capitanes de ambos buques de que la mayor parte de las escuadras chilena y peruana se hallaba en uno de los puertos de Chile, a donde se habían refugiado para ponerse al abrigo del ataque de nuestras fuerzas. Efectivamente, poniendo el rumbo al sitio que les habían indicado, hallaron en el puerto de Abatao a la fragata *Apurímac*, de cuarenta cañones; las corbetas *Unión* y *América*, de diez y seis; la *Covadonga*, de tres, y varios vapores y lanchas cañoneras. Estas fuerzas, protegidas por los bajos y escollos peligrosísimos que rodean el lugar en que estaban fondeadas, y por dos fuertes, en los cuales se habían artillado los cañones de la *Amazonas* y del *Tumbez*, presentaban un aspecto formidable. La *Blanca* y la *Villa de Madrid*, cuyos jefes han tenido ya lugar de distinguirse en otras ocasiones, y que en ésta han dado una nueva y brillante muestra de su decisión y energía, no dudaron un instante en empeñar la lucha. Despreciando el fuego, bastante vivo al comenzar el combate, se aproximaron cuanto les fué posible a la escuadra contraria, y asestándole

sus cañones, después de tres o cuatro horas de una empeñadísima lucha, teniendo que sufrir las andanadas de los fuertes que cruzaban sus fuegos a la embocadura del estrecho y de las piezas de los buques chilenos y peruanos, entre las cuales las había de gran calibre, lograron romper la línea enemiga, causándoles considerables destrozos. Terminada la lucha por haber sobrevenido la noche, y por haberse refugiado los buques contrarios al fondo del puerto, inaccesible por los bajos y escollos que le rodean, en los cuales se perdieron no ha mucho el *Amazonas* y un vapor chileno, las fragatas *Blanca* y *Villa de Madrid*, que sólo habían sufrido ligeras averías, viraron de bordo, haciendo rumbo a alta mar.

Tal es, según de la relación de los periódicos extranjeros y de las cartas confidenciales se desprende, la verdad de los sucesos ocurridos. Los partes oficiales de los periódicos de Chile confirman igualmente la exactitud del anterior relato, pues si bien exageran las cosas en su favor, en la frialdad con que están redactados, se conoce a tiro de ballesta que la impresión que el suceso ha producido no es la más satisfactoria.

No obstante el aire de verosimilitud que presta a esta noticia la conformidad de las

diferentes relaciones que de ella se han recibido, el prolongado silencio de la *Gaceta* dió lugar a temores y tristes conjeturas que nosotros creímos siempre destituídos de todo fundamento. Si es verdad que el combate de Chile, a juzgar por lo que de él nos dice la *Gaceta*, no ha sido tan decisivo como fuera de esperar, siempre, por las condiciones desventajosas en que se hallaban nuestros buques, arrojando a un tiempo el fuego de los contrarios y los peligros que ofrecen aquellas costas, habrá de considerársele como una acción brillante en que los jefes de la *Blanca* y la *Villa de Madrid*, han demostrado el valor y los conocimientos facultativos tradicionales en la marina española.

Posteriormente se ha dicho que el señor Méndez Núñez ha dispuesto que la *Blanca*, la *Resolución* y la *Numancia* se dirijan a Chile para bloquear y destruir los buques que se albergan en el puerto de Abatao, mientras el resto de la escuadra hace rumbo al Callao, donde se encuentran la *Esmeralda* con algunos otros buques peruanos y chilenos.

Si estas disposiciones son ciertas, no dudamos que las primeras noticias que se reciban de aquellas remotas playas serán completamente satisfactorias.

No lo son tanto las que se reciben respecto a política extranjera, si hemos de tomar como moneda corriente el entusiasmo bélico de que se manifiestan poseídas las hojas alemanas. Nosotros hemos creído siempre y seguimos creyendo todavía, que las dos grandes potencias de la Confederación Germánica, objeto en la actualidad de la más honda preocupación en los círculos diplomáticos, se limitarán ahora como en otras ocasiones a desahogar su cólera en amenazas. No obstante, esta vez hacen el papel tan a lo vivo que de cuando en cuando aun a los más incrédulos nos asalta la duda, y no podemos menos de preguntarnos: ¿será posible la guerra entre Prusia y Austria? Una vez rotas las hostilidades entre estas dos poderosas naciones, seguramente el Gobierno de Víctor Manuel, empujado por el partido de acción, aprovecharía la coyuntura para distraer la atención de Roma encaminándola al Véneto. Enzarzada Italia, ¿a quién se oculta que Francia se vería arrastrada a mezclarse en el asunto. Y en cuanto a Inglaterra, ¿permanecería cruzada de brazos consintiendo voluntariamente en anularse a los ojos de Europa, ella que en otros tiempos ha llevado la batuta en el concierto de los intereses del mundo?



Al aceptar por un momento la posibilidad de esa guerra, la imaginación recorre rápidamente la línea de graves e inevitables conflictos y choques que serían su consecuencia, y el temor y la inquietud se apoderan del ánimo. Afortunadamente estas vacilaciones son pasajeras, y pronto volvemos a nuestra antigua opinión, que puede sintetizarse en esta frase, aunque vulgar por extremo gráfica: «No llegará la sangre al río». En efecto, los últimos despachos telegráficos anuncian que Austria ha enviado una nota a su antagonista, asegurándole que por su parte no se turbará la paz, y los Estados secundarios han dicho que entrarán en la lucha para combatir a aquella de las dos potencias de la cual parte la agresión.

Aunque todo ello no obsta para que prosigan los preparativos marciales, se fortifiquen las fronteras y hasta se designen los nombres de los generales que se han de poner a la cabeza de tales y cuales cuerpos de ejército en la campaña, bien podemos apartar la vista tranquilos de este asunto para fijarla en cosas de más entidad para nosotros, primero por tocarnos más de cerca, y segundo porque esperamos que serán más positivas.

Entre ellas debemos hablar en primer tér-

mino de la inauguración de los trabajos para construir el edificio destinado a Biblioteca Nacional y Museo, a los cuales se dará principio muy en breve. Cuando se verifique la ceremonia de colocar la primera piedra, ceremonia que ha de llevarse a efecto con solemnidad desusada, tendremos ocasión de ocuparnos de un proyecto tan importante para el decoro de las letras y las artes españolas, albergadas ambas en la actualidad en edificios insuficientes e indignos de su riqueza y su mérito. Por hoy nos limitaremos a felicitarnos de que, a pesar de las preocupaciones políticas, que suelen distraer más de lo necesario el ánimo de los gobernantes, no se haya puesto en olvido un proyecto que muchos dudaban que llegara a realizarse, y que, aun después de colocada la primera piedra, creemos que acerca de su terminación no faltarán incrédulos que repitan el *ver para creer* de Santo Tomás. ¡Se han colocado en España tantas primeras piedras, que todavía están aguardando la última, que la desconfianza en semejantes cuestiones suele ser compañera inseparable de la prudencia!

Y ahora que de arte nos ocupamos, a propósito del futuro Museo, parécenos igualmente ocasión de escribir algunas líneas acerca

de una exposición especial, para la que el señor ministro de Fomento ha concedido sitio a propósito. Un aficionado a antigüedades, que hace algunos años adquirió la propiedad del palacio fortaleza de Curiel, por compra hecha al señor duque de Osuna, posee varias curiosísimas pinturas en tabla, procedentes de aquella residencia real. Estas tablas, que representan la caza del león, del cocodrilo, del oso, del tigre y del jabalí, con otra porción de asuntos caprichosos y fantásticos, pueden servir de datos inestimables para la historia de la pintura, por remontarse a una grande antigüedad, ofreciendo al mismo tiempo ancho campo al estudio de las costumbres, los trajes y las armas de los siglos a que se refieren sus asuntos.

Los periódicos que se han ocupado de tan precioso hallazgo, hacen votos por que el Museo Nacional adquiera estas obras de arte. Nosotros esperamos a que su dueño, aprovechando la oferta del marqués de la Vega de Armijo, las exponga en el local que se le ha concedido para este objeto, y después de examinarlas y de dar a nuestros lectores una idea de ellas, uniremos nuestra voz a la de los demás periódicos, para que, si son dignas de estima, no vayan, como tantas otras

han ido a enriquecer los museos de naciones extranjeras.

Por último, y entre las cosas notables de la pasada semana, hemos podido gozar del espectáculo de un eclipse total y visible de luna.—Un eclipse de luna dirán nuestros lectores, no es cosa nueva ni que merezca llamar seriamente la atención de los curiosos. El almanaque viene lleno de anuncios de la misma índole.—Si embargo, al eclipse a que nos referimos han acompañado circunstancias tan extraordinarias, que bien merece el estudio particular con que le han observado los hombres científicos. Merced a la extraña revolución celeste que lo produjo, en el próximo mes pasado ha habido dos lunas llenas y en el presente habrá dos menguantes, cosa que según los cálculos astronómicos no ha sucedido tal vez desde la creación del mundo. Vean, pues, nuestros lectores, si el eclipse traía malicia y si merecía ser visto.

A los que por ignorancia o inadvertencia se les haya pasado la ocasión de observarlo les queda, sin embargo, un consuelo. Dentro de nueve mil y pico de años se repetirá la función, y de aquí a entonces tienen tiempo de sobra para estar prevenidos.